

REDENCION HUMANA

Donde con más vivos resplandores que reflejan la nobleza y dignidad humana es en el Gólgota y al pie de la Cruz, pues en ella quiso morir, por amor al hombre, su mismo Divino Hacedor.

Mientras exista el espíritu humano, y en él las leyes del sentimiento y de la razón, el recuerdo del sacrificio consumado en el Calvario será el drama más sublime y ejemplar que, sin tener parecido a ninguno de los realizados en la vida del mundo, se ha desarrollado entre los hombres; será un episodio de extraordinarias emociones y meditaciones infinitas que encierran, no sólo profundas enseñanzas para los pueblos, sino un consuelo para todos los infortunios y una esperanza para todos los progresos.

La sangre del Justo, del Hijo de Dios, del Salvador del mundo, derramada en el Calvario; cayó cual benéfico rocío sobre la humanidad entera; y cada gota bastó a lavar las culpas de millones de hombres, como cada rayo de sol hace vivir a millares de seres.

No puede hacerse sacrificio más enorme y más sublime que el de la Pasión y Muerte de Cristo, ni puede concebirse resultado más grandioso que el logrado por la divinidad del protagonista.

Desde que el Hombre-Dios, héroe el más justo de los justos, el más santos de los santos y el más piadoso de los piadosos, por su propia omnipotente voluntad quiso morir por la redención del linaje humano; y morir con la sonrisa en los labios, perdonando a los enemigos, más que perdonándose, salvándose, han transcurrido mil ochocientos ochenta y un años, larguísimo período durante el cual se ha perdido la memoria de tantos suplicios como se han realizado después, sin que ninguno, fuera de aquél, sea origen de una redención y de las eternas y sublimes verdades que hoy son el fundamento de las sociedades modernas y siempre el ideal más grande, el ideal excelso de las generaciones futuras.

Veinte siglos han pasado y con ellos innumerables razas; las generaciones se han sucedido, han caído importantes imperios, fundáronse Estados, monarquías y repúblicas; cruzaron por la conciencia infinitas ideas y cambiaron los usos y las costumbres de los pueblos; pero aquella verdad revelada por el Divino Mártir de Judea, desde ignominioso patíbulo, no ha podido borrarse de la mente de los hombres, ni de su conciencia las enseñanzas de su doctrina, ni de su corazón el amor de quien les salvó.

Y es que las obras de Dios, a diferencia de las humanas, no se realizan para después perecer y morir; por eso se ve que el Divino Autor, con su poder infinito, ha puesto en la muerte la eternidad, en lo mutable y transitorio la inmutabilidad, en lo finito la imagen de lo infinito.

Ante la magnitud del drama horrible del Calvario, perpetua redención del mundo, que empieza en el idilio de Jerusalén, quedan anulados y oscurecidos todos los demás hechos que por su dolor brillan en la historia; Jesucristo muere perdonando y bendiciendo, y al pronunciar su postrer palabra, con las losas de las tumbas que se abrieron, abriéronse también las puertas de los Cielos. Nada hay en el mundo que se preste tan elocuentemente a la meditación como los grandes misterios de la Redención humana, grandes misterios que son un poema de todas las grandezas humanas y divinas y un hecho que no puede ser desfigura-

do, pues fué harto público y solemne.

No es, pues, posible a ninguna alma religiosa, cuando la Semana Santa se acerca, dejar de embargarse en estos recuerdos de Jesús, que despiertan el misterio de nuestra existencia y de nuestro origen, la exclusiva esperanza de nuestro porvenir, y que son como una ablución refrigerante para el espíritu caldeado por las carnalidades de la vida y un atractivo suave y de seducción irresistible y asequible de nuestra grandeza. Nuestro siglo desmemoriado, indiferente y ciego, no quiere unánime confesar y reconocer a Jesucristo; muchos desgraciados combaten por sistema su doctrina y no faltan multitudes extraviadas que, renovando las escenas horribles del Pretorio y repitiendo las blasfemias sangrientas de la plebe revolucionaria de Jerusalén, quieren hoy para la iglesia un nuevo Calvario. Por eso nosotros, los católicos, debemos oponernos con todas nues-

tras fuerzas y con todos los medios lícitos a ese avance de la impiedad y del pueblo judaico que, después de poner a Cristo en la Cruz, quiere todavía, como quien apaga una bujía, apagar de la memoria el recuerdo de aquel inmenso sacrificio. ¡Vano intento! Por fortuna, muchedumbres de todas las razas y de todas las lenguas, hijos fidelísimos de la iglesia, sin vacilaciones ni distinguos, interpretan recta, sencilla y cristianamente los misterios de la Redención, y adoran y bendicen a Jesucristo, estando prontos a dar la vida en testimonio de la verdad que la Cruz simboliza. Hermoso espectáculo que, con la voz de veinte siglos, llama a nuestra memoria y nos presenta a la Humanidad y sus generaciones comulgando con estas divinas doctrinas, postrados en las oscuras naves del templo que nos muestra a Jesús entre luces amarillentas con su faz sudorosa y agónica, transmitiendo en su imagen de martirio su principio en la

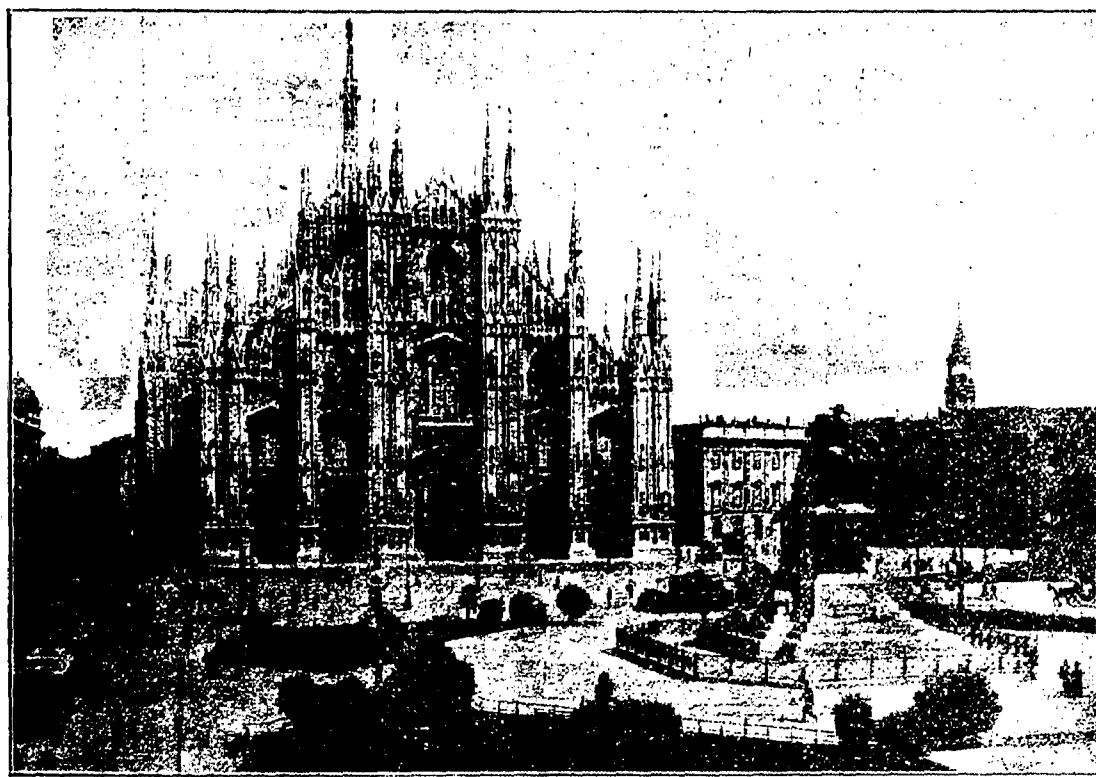
muerte, su ley en la justicia y sus destinos en la eternidad. Si el mundo creyese, el mundo sería salvo mil veces.

¡Dichoso el que cree! Lo que para éste es verdad inconcusa que ilumina los pasos, de otra manera tan inciertos en la vida, lo que le infunde gratísima esperanza de un porvenir feliz, es para él indiferente y para el incrédulo absurdo, escándalo y locura. Tal ocurre con los misterios de la Cruz.

Sea en todo tiempo nuestra divisa y nuestra guía Jesucristo y su Cruz; ella nos salvará. Impregnados de su savia vivificado, sentiremos que las fibras de nuestros corazones no vibren sino de amor al que se sacrificó por salvarnos; pues ni aún haciéndolo así, podrá siquiera aproximarse nuestra gratitud a la altura que alcanzó el sacrificio de Dios.

R. MENDEZ GAITE
Presbítero

EL MUNDO de hoy consta de seis páginas.



LA CATEDRAL DE MILAN
EN LA QUE S. S. PIO XI HIZO SU SOLEMNE ENTRADA COMO ARZOBISPO EL 8 DE SEPTIEMBRE DEL AÑO ULTIMO

CRÓNICA

EL VELO DE VERONICA

Cuando Jesús, cargado con el fardo de la miseria humana, desfalleciendo bajo el peso de las iniquidades amontonadas por los siglos, golpeado, herido, villipendiado, caminaba hacia el Gólgota, unas cuantas mujeres, ni jóvenes ni bellas, ni ricas, pero de alma serviente, escucharon su dolorosa marcha.

Reían los soldados, injuriándolas con brutales apóstrofes; burlábanse los fariseos, con palabras equívocas, de aquella piadosa fidelidad al joven Nazareno; los Doctores escandalizábanse severamente, aconsejando a los soldados que alejaran por fuerza aquel grupo de perdidas...

Impasibles, sordas a los ultrajes, cubierto el rostro de lágrimas, seguían adelante, insensibles a todo lo que no era «aquel» dolor divino, ignorantes de todo cuanto no fuera El.

Sin embargo, ¿qué había El hecho por ellas? Predicarles la indulgencia y la caridad, lamentarse de sus infortunios, curar las secretas heridas de sus recuerdos...

Pero eso bastó para que lo amaran, y lo amaron como el espectro de las ilusiones muertas, como su hijo, como su her-

mano, como el principio mismo de toda Justicia.

Y pues que su hora era llegada, caído y de todos abandonado, ellas seguían más de cerca aún que en los días del triunfo, cuando Jerusalén, ante la humilde y blanca cabalgadura, extendía mantos y tapices de fina lana y agitaba las doradas palmas y los ramos de oliva.

Un príncipe de los sacerdotes, movido a piedad, les indicó que marcharan a distancia del siniestro cortejo; de otra manera quedarían confundidas para los Poderes públicos en el odio y en las responsabilidades del réprobo. Pero Jesús acababa de caer por vez primera, y «ellas» no quisieron escuchar al príncipe de los sacerdotes.

El triste grupo, con sus vestiduras negras o grises, sumábase resueltamente al de los soldados, sayones y fariseos. Y cuando Simón, hombre caritativo, después de haber aliviado a Jesús del peso de la cruz durante una parte del camino, tuvo que alejarse para no disgustar a los pretorianos, las pobres mujeres besaron sus manos al pasar.

...Un sudor de sangre oegaba al condenado; brotaba bajo su corona de espi-

nas: corría de todo su cuerpo torturado... No podía distinguir el camino, y de piedra en piedra iba tropezando y cayendo.

En una de aquellas angustiosas caídas, una mujer se destacó de entre sus compañeras. Era una viuda muy pobre, en el ocaso de la juventud. Llamábase Verónica. Desprendiendo el velo en que envolvía su cabeza se acercó resueltamente al caído, y en la fina tela, perfumada de lavanda, recogió aquel sudor sangriento.

...Poco después, quedaba el holocausto cumplido.

Pero ¿podía semejante audacia pasar inadvertida ni quedar sin castigo? ¿Cuál era su origen? No importaba saberlo. Lo principal del caso estaba en el ultraje a las autoridades, en la censura hecha por tal acto de misericordia a los indispensables rigores.

Desde que el Nazareno, con su horda de miserables, había corrompido el espíritu popular y llevado la rebeldía de Galilea al corazón de la misma Jerusalén, no había manera de que entre la ley y el culpable dejara de interponerse la com-

pasión. En las Gennas y en las ergástulos se levantaba todos los días entre el señor y el esclavo el velo de aquellas infamadas mujeres. Y ahora no se detiene la compasión ni ante los criminales del Estado, y sube hasta la terrible colina.

¿Quién fundará de ese modo un poder fuerte?

Verónica fué detenida al día siguiente en su humilde casa.

Como acusada de tan gran crimen, no sabía cuándo podría volver, llevó con ella su manto y su velo, plegados cuidadosamente desde el día anterior, y siguió a los soldados.

Cuando compareció ante el juez, éste le dijo:

—¿Por qué has ofendido al gobernador, mostrándole favorable a los castigados por su justicia?

Verónica respondió:

—No he pensado un momento en el gobernador ni en tí, magistrado de la ciudad. He cumplido mi deber de mujer cristiana, acudiendo al remedio y al consuelo del Pobre, cualquiera que sea su nombre, de mi secta o de otra, porque yo estoy presente en su carne, en su alma.

—Eres una rebelde.

No; soy una mujer que ha sufrido; un corazón que ha llorado y que trata de consolar los dolores que ya conoce.

—Eres una culpable...

—No; soy una cristiana. Mi casa es lugar de asilo; doy a mis hermanos cuanto tengo...

—Vas contra Barrabás...

—Voy... Y esa es mi gloria. Porque si yo defiendo a Cristo contra Barrabás, lo defiendo igualmente contra los mercaderes del Templo, los publicanos, los prevaricadores y los fariseos...

—Sabes defenderte.

—Es que Dios está conmigo...

Fuera, la turba gritaba: —¡Muera verónica!

Repentinamente, sobre la mesa del juez se levanta un resplandor de aurora. El velo de verónica había sido desenvuelto por una mano misteriosa y aparecía colgado de unos clavos invisibles: flotaba como la neblina sobre el lago. Y resplandeciendo con cegadora luz de astro, grabada con rayos de sol sobre el tejido grosero, vióse en el centro del velo la faz del Santo de los Santos, bajo su diadema de espinas, con los ojos cerrados...

Moviéronse los párpados, entreabrióse la boca, y una divina voz suspiró:

—Sigue mi fé, ¡oh mujer!... La sola inmutable, la sola eterna, aquella que yo he proclamado por toda una eternidad desde la cumbre del calvario. La Humanidad soy yo; quien la sirve, me honra; quien la desdena me ultraja. Y el Pobre es la hostia viva en que se encarna mi divinidad. Continúa tu camino. Al través de las desconfianzas o de los peligros, entre los odios fratricidas de los hombres, cumple tu misión de amor y de piedad.

Con su mano trémula, Verónica besó el velo, y desplegándolo ante ella, escudo, égida y bandera, —fué, sin resistencia, al través de la Palestina, hacia las regiones desconocidas, hacia los mundos nuevos...

J. B.

La liberación de Jerusalén

RECUERDOS DE PALESTINA

El cien veces histórico territorio en cuyos valles y montes se asentó un tiempo el poderoso reino del rey profeta y de su hijo el rey sabio ha tenido, desde los albores de nuestra Era, vivísimo interés para las naciones cristianas, porque fué el bíblico y a la par trágico escenario de la redención del linaje humano. A orillas de los tranquilos lagos de Galilea y al pie de las tornasoladas montañas de Palestina se congregaban las multitudes ansiosas de escuchar aquellas palabras de amor, de clemencia y de misericordia, que, como nuevo e invisible maná, caían de los labios del Divino Maestro para espiritual alimento de las hambrientas almas.

Con razón llaman los cristianos «Tierra Santa» la que hollaron los pies del que vino del cielo para enseñar a los hombres el camino, la verdad y la vida, triunfantes del aguijón de la muerte. Con razón llaman «Santos Lugares» a los que en tierra de Judea fuéron escenarios del nacimiento, vida, predicación y muerte del Hijo del Hombre, cuya memoria resiste victoriosa los olvidos del tiempo y se mantiene viva y perdurable de generación en generación.